EL PERDÓN EN LAS FAMILIAS

*Alice Munro**

Seguido he pensado: supongamos que tuviera que ir al psiquiatra; él querría conocer mis antecedentes familiares, naturalmente, así que yo tendría que empezar contándole de mi hermano, y él, el psiquiatra, ni siquiera esperaría a que yo terminara, ¿verdad?, me internaría.

Le dije eso a mamá; ella rió. “Qué dura eres con ese muchacho, Val”. “Muchacho,” contesté. “Hombre”.

Rió y lo admitió. “Pero recuerda,” dijo, “nuestro Señor ama a los locos”. “¿Y tú que eres atea, cómo lo sabes?” le pregunté.

Hay cosas que él no pudo evitar. Nacer, por ejemplo. Nació la semana que empecé a ir a la escuela, ¿qué tal? ¿oportuno? Yo estaba asustada, no era como ahora que los chicos tienen años de ir a la guardería y al jardín de niños. Iba a la escuela por primera vez y todos los demás tenía a sus madres con ellos. ¿Dónde estaba la mía? En el hospital teniendo un bebé. Qué vergüenza. Ésas eran cosas vergonzosas entonces.

No fue culpa suya nacer y no fue culpa suya vomitar en mi boda. Hace falta imaginárselo: el piso, la mesa, ni el pastel se le escapó. No estaba borracho, como algunos pensaron, de veras tenía algún violento tipo de gripa, del que Haro y yo, de hecho, nos contagiamos en nuestra luna de miel. Yo jamás escuché de alguien más que, con el tipo de gripa que fuera, vomitara una mesa con mantel de encaje y cande-

* Premio Nobel de Literatura 2013. Traducción de Diego Gilbert, a partir del volumen *Sometihing I've Been Meaning to Tell you*, 2004, New York, Vintage.

ALICE MUNRO

las de plata y pastel de bodas sobre ella, pero podría decirse que fue mala suerte. Tal vez todos los demás, cuando les llegó la urgencia, estuvieron más cerca de un retrete. Tal vez todos los demás se aguantaron con poquitas más ganas, porque nadie es tan tan especial, tan tan ombligo del mundo como mi hermanito. Llamémosle un hijo de la naturaleza. Así sería como, después, se llamaría a sí mismo.

Voy a brincarme lo que hizo entre nacer y vomitar en mi boda excepto para contar que tuvo asma y pudo faltar a la escuela semanas enteras escuchando radionovelas. A ratos hubo tregua entre nosotros y yo lo convencí de que me contara lo que pasaba en *Big Sister* y *Road of Life* y en la que salían *Gee Gee* y *Papa David*. Era buenísimo para recordar a todos los personajes y desenredar todas las complicaciones, eso se lo concedo, y sí leyó mucho de *Gateways to Bookland*, aquella preciosa colección que mamá nos compró y que él después sacó de la casa a escondidas para vendérsela, por diez dólares, a un comerciante de libros usados. Mamá decía que pudo haber sido brillante en la escuela si así lo hubiera querido. Es profundo, tu hermano, solía decir ella, nos tiene algunas sorpresas guardadas. Tuvo razón: nos las tenía.

136 Empezó a quedarse en casa de manera permanente en el décimo grado, tras un problemilla: lo sorprendieron en un grupo de tramposos que estaba sacando los exámenes de matemáticas del escritorio de algún profesor. Uno de los conserjes lo había dejado entrar al salón después de clases porque él le dijo que estaba trabajando en un proyecto especial. Sí que lo estaba, a su manera. Mamá dijo que lo hacía por ser popular, porque tenía asma y no podía participar en las actividades deportivas.

Ahora, empleos. La pregunta es natural: ¿qué va a hacer una persona como mi hermano —y debería cuando menos darle un nombre, su nombre es Cam, de Cámeron, mamá pensó que ése sería un nombre apropiado para un presidente universitario o un magnate honesto (que era el tipo de cosa que ella planeaba que fuera)— ¿qué va a hacer, cómo va a ganarse la vida? Hasta hace poco el Estado no le pagaba a uno por resignarse a no trabajar y llamarle a eso adopción de un estilo de vida creativo. Su primer empleo fue de acomodador en un cine. Mamá se lo consiguió,

conocía al encargado. Era en el viejo *International Theater* en la calle Blake. Pero tuvo que renunciar, porque le dio fobia a la oscuridad. Decía que toda esa gente sentada en lo oscuro le daba ñañas, la cosa más rara. Solamente le estorbaba para trabajar de acomodador, no le estorbaba para ir a las películas él solo. Le tomó mucho cariño a las películas. De hecho, se pasó días enteros en cines, viendo cada función dos veces, luego pasándose a otro cine a ver lo que hubiera allí. Tenía que hacer algo con su tiempo, porque mamá y los demás creíamos que estaba trabajando en las oficinas de la terminal de autobuses *Greyhound*. Se iba a trabajar a la hora correcta cada mañana y regresaba a casa a la hora correcta cada noche, y contaba mil cosas acerca del viejo corajudo que estaba a cargo de la oficina y de la mujer con desviación de columna que llevaba ahí desde 1919 y cuánto se enojaba ella con las jóvenes que mascaban chicle, vaya, una vivaz historia. Se hubiera vuelto tan buena como las radionovelas si mamá no hubiera llamado para quejarse de que estuvieran demorando su paga —debido a un error ortográfico en el registro de su nombre, según él— y no hubiera descubierto que había renunciado a la mitad de su segundo día.

Bueno. Más vale sentado en el cine que sentado en la cantina, decía mamá. Por lo menos no estaba en las calles metiéndose con pandillas. Le preguntó cuál era su película favorita y él contestó que *Seven Brides for Seven Brothers*. ¿Lo ven?, dijo ella, le interesa la vida al aire libre, no tiene madera de oficinista. Así que lo mandó a trabajar con unos primos suyos que tienen una granja en el valle Fraser. Conviene explicar que nuestro padre, mío y de Cam, para entonces había muerto, se murió cuando Cam tenía asma y escuchaba radionovelas. No importó mucho, su muerte, porque trabajaba de conductor en *P.G.E.* cuando empezó en Squamish, y vivía parte del tiempo en Lillooet. Nada cambió, mamá siguió trabajando en *Eaton's* como siempre, cruzando en el ferry y luego en el camión; a mí me tocaba la cena y ella batallaba para subir la colina en la oscuridad invernal.

Cam se largó de la granja, se quejaba de que los primos fueran religiosos y estuvieran siempre intentando salvarle el alma. Mamá entendía el problema, a fin de cuentas, lo había criado librepensador. Se

ALICE MUNRO

fue al Este de aventón. De vez en cuando llegaba una carta. Una petición de fondos. Que había un empleo en el norte de Quebec si pudiera juntar suficiente dinero para llegar allá. Mamá se lo envió. Que lo del empleo se había venido abajo, pero no regresó el dinero. Que él y dos amigos suyos iban a empezar una granja de pavos. Nos enviaron planes y estimados. Se suponía que estaban haciendo contrato con la *Purina Company*, nada podía salir mal. Que los pavos se habían ahogado en una inundación, después de que mamá le había enviado dinero y nosotros, contra toda prudencia, también. Donde sea que caiga ese muchacho se convierte en zona de desastre, decía mamá. Si lo leyeras en un libro no lo creerías, decía. Es tan terrible que es cómico.

Ella sabía. Los miércoles por la tarde —su día libre— yo solía ir a visitarla y ella empujaba a Karen en la carreola, luego a Tommy con Karen caminando al lado, a lo largo de Lonsdale y de King's Road, ¿y de qué terminábamos hablando siempre? Ese muchacho y yo nos vamos a divorciar, decía. Sin duda lo voy a desheredar. ¿Cómo se va a enseñar a hacer las cosas si no deja de depender de mí?, preguntaba. Yo callaba, más o menos. Ella conocía mi opinión. Sin embargo, siempre terminaba diciendo, “pero era bueno tenerlo en la casa. Buena compañía. Ese muchacho siempre podía hacerme reír”.

O, “tuvo mucho con que lidiar, su asma y sin papá. Jamás le hizo daño a alguien a propósito”.

“Una buena cosa sí hizo,” decía, “un buen acto, se le podría llamar. Esa chica”.

Se refería a la chica que vino y nos contó que habían estado comprometidos en Hamilton, Ontario, hasta que él le dijo que jamás podría casarse porque se acababa de enterar de que había un mal de riñón fatal y hereditario en la familia. Se lo escribió en una carta. Ella vino a buscarlo para decirle que no importaba. No era mal parecida, ella. Trabajaba para la *Bell Telephone*. Mamá decía que fue una mentira piadosa, para no lastimar sus sentimientos cuando él ya no quiso casarse con ella. Yo decía que en todo caso le hizo un favor, porque ella hubiera tenido que mantenerlo por el resto de su vida.

Aunque quizá eso nos hubiera aliviado un poco a los demás.

Pero eso fue entonces y ahora es ahora y como todos lo sabemos los tiempos han cambiado. Cam la tiene más fácil. Vive en casa, a ratos, así lo ha hecho durante año y medio. Le queda poco cabello enfrente, lo cual no sorprende en un hombre de treinta y cuatro, pero largo hasta los hombros en la parte de atrás, desgredado, canoso. Usa una especie de túnica que pareciera estar hecha de tela de costal (¿así es la arpillera, entonces?, le pregunté a Haro. Yo le pongo el tizne), y colgándole del cuello usa todo tipo de cadenas, medallones, cruces, dientes de alce y otros colgijes. Unas sandalias de cuerda en los pies. Algún amigo suyo los hace. Recibe prestaciones del seguro social. Nadie le pide que trabaje, ¿quién podría ser tan grosero? Si para algún documento le piden su ocupación, él escribe sacerdote.

Es cierto. Hay toda una escuela y todos se hacen llamar sacerdotes, y tienen una casa en Kitsilano donde Cam se queda a veces. Compiten con los *Hare Krishna*, sólo que aquéllos no salmodian, nomás caminan de un lado a otro sonriendo. Empezó a hablar con un tono que no soporto, todo débil, meloso, monótono. Me dan ganas de parármele enfrente y decir, “hay un terremoto en Chile, dos mil personas acaban de morir, quemaron otra aldea en Vietnam, como de costumbre hay hambruna en la India,” sólo para ver si sigue diciendo “qué boniiiito, qué boniiiito,” en su tono meloso. No come carne, por supuesto, come cereales integrales y hortalizas. Entró a la cocina mientras yo partía betabel —el betabel, un tubérculo, está prohibido— y “espero entiendas que estás cometiendo asesinato,” me dijo.

“No,” le contesté, “pero te doy sesenta segundos para largarte o quizá sí lo cometa.”

Bueno, como dije, pasa parte del tiempo en casa y ahí estaba el lunes por la noche en que mamá se enfermó. Estaba vomitando. Un par de días antes él la había convencido de empezar una dieta vegetariana —ella siempre le prometía que lo iba a interntar— y él le dijo que estaba vomitando todos los viejos venenos que se habían juntado en su organismo por comer carne y azúcar y esas cosas. Le dijo que era buena señal y que se sentiría mejor cuando lo echara fuera todo. Ella siguió vomitando y no se sintió mejor, pero él tenía que salir. Los lunes por la noche tienen sus juntas en la casa de los sacerdotes y salmodian y

ALICE MUNRO

queman incienso u ofician la misa negra, qué sé yo. Estuvo fuera casi toda la noche y cuando llegó a la casa encontró a mamá inconsciente en el piso del baño. Me llamó por teléfono.

“Pienso que deberías venir a ver si puedes ayudar a mamá, Val.”

“¿Qué tiene?”

“No se siente bien”.

“¿Qué tiene? Pásamela”.

“No puedo”.

“¿Por qué no puedes?”

Juro que soltó una risilla. “Pues porque está desmayada”.

Pedí una ambulancia y así llegó al hospital, a las cinco de la madrugada. Le hablé a su médico, él llegó allá y le habló al doctor Ellis Bell, uno de los mejores cardiólogos de la ciudad, porque eso habían decidido que era el problema: su corazón. Me vestí y desperté a Haro y le conté y luego manejé al hospital *Lions Gate*. No me dejaron entrar hasta las diez. La tenían en terapia intensiva. Me senté afuera, en su liso y horroroso cuartito de espera. Tenían unas sillas rojas resbalosas, alfombra barata y unas plantas de plástico verde en un recipiente con grava. Estuve sentada ahí hora tras hora leyendo el *Reader's Digest*. Los chistes. Pensando: así es, está pasando, de veras, está muriéndose. Ya, en este momento, detrás de esas puertas, muriéndose. Nada se detiene ni te espera del modo que, de alguna manera y contra toda lógica, te imaginas que lo hará. Pensé en la vida de mamá, la parte que conocí. Al trabajo todos los días, primero en el ferry y luego en el camión. Haciendo el mandado en el viejo *Red-and-White*, luego en el nuevo *Safeway* —¡Nuevo! ¡Si tenía quince años! A la biblioteca una noche a la semana, yo con ella, y regresábamos en camión con nuestra pila de libros y una bolsa de uvas que comprábamos con los chinos, por antojo. También los miércoles por la tarde, cuando mis niños estaban chiquitos y yo iba allá a tomar café y ella nos liaba cigarros con aquel aparato que tenía. Y pensé, todas estas cosas no le parecen a uno la vida mientras está haciéndolas, sólo son lo que uno hace, como pasa los días, todo el tiempo pensando que algo se va a abrir y uno se encontrará, entonces sí se encontrará, en la vida. Ni siquiera es que uno de veras quiera que esto

suceda, que se abra aquel asunto, uno está cómodo con las cosas como están, pero uno sí espera que suceda. Luego, uno está muriéndose, mamá está muriéndose, y son las mismas sillas de plástico y plantas de plástico y un día ordinario afuera y la gente haciendo el mandado y lo que uno ha tenido es todo lo que hay; ir a la biblioteca, una cosa como esa, nomás, subir la colina de regreso, en el camión con libros y una bolsa de uvas parece algo digno de quererse, por Dios que sí, uno podría romperse el corazón queriendo estar ahí de regreso.

Cuando me dejaron entrar a verla tenía la cara gris azulada y los ojos a medio cerrar, pero sólo se les veía lo blanco. Siempre se vio terrible sin la dentadura puesta, en todo caso no nos dejaba verla sin ella. Cam se burlaba de su vanidad. Ahora no la tenía puesta. Así que todo el tiempo, pensé, todo el tiempo, aun cuando era joven, llevaba en sí verse como se ve ahora.

No tenían mucha esperanza. Haro vino y la vio y me abrazó y dijo, “Val, vas a tener que estar preparada.” Lo dijo de buena fe, pero yo no podía hablarle. Ni era ella su madre, ni él tenía los recuerdos. No era su culpa, pero yo no quería hablarle ni escucharlo decirme que tenía que estar preparada. Fuimos por algo de comer a la cafetería del hospital.

“Debes llamarle a Cam,” dijo Haro.

“¿Por qué?”

“Va a querer saber.”

“¿Qué te hace pensar que va a querer saber? La dejó sola anoche y ni se le ocurrió llamar a una ambulancia cuando entró y la encontró en la madrugada.”

“De todos modos tiene el derecho. Tal vez debas decirle que venga”.

“Probablemente esté ocupado preparándole un funeral *hippie*”.

Pero Haro me convenció, como siempre puede hacerlo, y fui a llamar. Nadie contestó. Me sentí mejor por haber llamado porque Cam no estaba en casa, justificada en lo que había dicho. Regresé y esperé, sola.

Como a las siete Cam apareció. No estaba solo. Había traído a una tribu de sus amigos sacerdotes (supuse que eso eran) de aquella casa. Todos usaban las mismas vestimentas que él, el camisón de costal café y las cadenas y las cruces y toda la bendita herramienta. Todos tenían

ALICE MUNRO

el cabello largo y eran muchos años más jóvenes que Cam, excepto un viejo, viejísimo, de barba gris rizada y descalzo —en marzo, descalzo— y chimuelo. Juro que el viejo no tenía idea de qué estaba pasando. Pienso que lo recogieron cerca del *Salvation Army* y le pusieron esa indumentaria porque necesitaban algún tipo de mascota, o santidad extra, o algo.

Cam dijo, “ésta es mi hermana Valerie. Éste es el hermano Michael. Éste es el hermano John, éste el hermano Louis” etc., etc.

“No han dicho nada que me dé esperanzas, Cam. Se está muriendo”.

“Esperemos que no,” dijo Cam con su sonrisa secreta. “Pasamos el día trabajando por ella”.

“¿Quieres decir orando?” pregunté.

“Trabajo es mejor palabra para describirlo que oración, si entiendes lo que es”.

Claro, jamás entiendo.

“La verdadera oración es trabajo, créeme,” dice Cam y todos me sonríen como él. No pueden estarse quietos, como niños que necesitan ir al baño, se mueven de un lado a otro dando pasitos.

“Bien, ¿cuál es su cuarto?” pregunta Cam con tono de voz práctico.

Pensé en mamá muriéndose y con esos ojos entreabiertos —quién sabe, tal vez pudiera ver a ratitos— viendo a esta bola de derviches endemoniados celebrando alrededor suyo. Mamá, quien perdió su fe cuando tenía trece y fue a la iglesia unitaria y renunció cuando tuvieron el desacuerdo acerca de borrar a Dios de los himnos (ella estaba a favor), mamá teniendo que pasar sus últimos minutos conscientes preguntándose qué había pasado, si había viajado atrás en el tiempo a cuando los lunáticos retozaban en ceremonias desquiciadas, mamá intentando poner en orden sus últimos pensamientos racionales en medio de todo eso.

Gracias a Dios la enfermera dijo que no. Trajeron al médico residente y dijo que no. Cam no insistió, sonrió y asintió como si le estuvieran dando permiso y luego trajo a la tropa de regreso a la sala de espera y ahí, justo frente a mí, empezaron. Pusieron al viejo en medio, sentado con la cabeza agachada y los ojos cerrados —tuvieron que darle

un empujoncito y recordarle cómo hacerlo— y, en cuclillas, más o menos formaron un círculo a su alrededor, unos de cara hacia adentro y otros hacia afuera, alternados. Luego, con los ojos cerrados empezaron a menearse hacia adelante y hacia atrás gimiendo muy quedito unas palabras, sólo que no las mismas palabras, sonaba como si cada uno tuviera palabras diferentes, y no en inglés, claro, sino en *swahili* o sánscrito o algo. Subió el volumen, subió gradualmente, un zumbido que aporreaba, y a medida que lo hizo se pusieron de pie, todos menos el viejo, quien se quedó quieto y parecía haberse quedado dormido, sentado, y empezaron a hacer una especie de baile arrastrando los pies, aplaudiendo, más bien a destiempo. Hicieron esto un buen rato y el ruido que estaban haciendo, aunque no era mucho, atrajo a las enfermeras de su puesto, y a los ayudantes de las enfermeras y a los camilleros y a algunos que esperaban, como yo, y nadie parecía saber qué hacer, porque todo era tan inverosímil, tan disparatado en esa pequeña y ordinaria sala de espera. Sólo los miraban fijamente como si estuvieran dormidos y soñando y esperando despertar. Luego, una enfermera salió de terapia intensiva y dijo, “no podemos tener este alboroto aquí. ¿Qué creen que están haciendo?”

Tomó a uno de los jóvenes y lo sacudió del hombro, porque de otro modo no hubiera podido hacer que nadie se detuviera y pusiera atención.

“Estamos trabajando para ayudar a una mujer que está muy enferma,” dijo él.

“No sé a qué le llamen trabajar, pero no están ayudando a nadie. Ahora les pido que se larguen de aquí. Perdón, no se los pido: se los ordeno.”

“Está muy equivocada si cree que nuestro tono de voz lastima o molesta a los enfermos. Toda esta ceremonia tiene un tono que alcanza y consuela el inconsciente y saca las influencias demoníacas del cuerpo. Es una ceremonia que se remonta cinco mil años atrás”.

“Dios santo,” dijo la enfermera, pasmada (y no era para menos), “¿quién es esta gente?”

Tuve que ilustrarla, diciéndole que era mi hermano y los que podrían llamarse sus amigos, y que yo no era parte de su ceremonia. Pregunté acerca de mamá, que si había algún cambio.

ALICE MUNRO

“No hay cambio,” dijo. “¿Cómo hacemos para sacarlos de aquí?”

“Dales con la manguera”, dijo uno de los camilleros y en todo este tiempo la danza o ceremonia jamás se había detenido, y el que se había parado a explicar siguió bailando también y le dije a la enfermera, “llamaré luego a ver cómo está, me voy a ir a casa un rato.” Salí del hospital y descubrí, para mi sorpresa, que estaba oscuro. Todo el día ahí dentro, de oscuro a oscuro. En el estacionamiento empecé a llorar. Cam hizo de esto un circo para darse gusto, pensé, y lo repetí en voz alta cuando llegué a casa.

Haro me preparó un trago.

“Va a salir en el periódico,” dije. “La oportunidad de ser famoso de Cam”.

Haro llamó al hospital para ver si había alguna novedad y dijeron que no había. “¿Tuvieron alguna dificultad con unos jóvenes en la sala de espera anoche? ¿Se fueron sin alborotar?” Haro es diez años mayor que yo, un hombre cauteloso, demasiado paciente con todos. Antes yo pensaba que, a veces, daba dinero a Cam sin que yo lo supiera.

“Se fueron sin alborotar,” me dijo. “Que no te apure el papeleo. Duérmete un rato”.

144 No quería, pero me quedé dormida en el sillón, después del trago y el largo día. Me despertaron el teléfono sonando y el amanecer que iluminaba la habitación. Entré a la cocina a tropezones, arrastrando la cobija que Haro me había puesto y vi que el reloj de la pared daba cuarto para las seis. Se fue, pensé.

Era su médico.

Dijo que tenía buenas noticias, que estaba mucho mejor esta mañana.

Arrastré una silla y me desplomé sobre ella, con ambos brazos y la cabeza apoyados sobre la barra de la cocina. Cuando recogí el auricular lo escuché decir que aún estaba en condición crítica y que las próximas cuarenta y ocho horas serían determinantes, pero sin levantarme los ánimos demasiado quería que supiera que estaba respondiendo al tratamiento. Dijo que esto era especialmente sorprendente, tomando en cuenta que se había tardado en llegar al hospital y que las cosas que habían intentado al principio no parecían dar resultado,

aunque por supuesto el hecho de haber sobrevivido las primeras horas en sí era buena señal. Nadie dirigió mi atención a esta buena señal ayer, pensé.

Estuve ahí sentada durante al menos una hora después de haber colgado el teléfono. Me preparé una taza de café instantáneo y las manos me temblaban tanto que apenas pude ponerle agua a la taza; no pude acercarme la taza a los labios; dejé que se enfriara. Por fin, Haro salió en pijama. En cuanto me vio dijo, “tranquila, Val. ¿Se fue?”

“Está un poco mejor. Está respondiendo al tratamiento”.

“Por como te ves pensé lo opuesto”.

“Estoy asombradísima”.

“Ayer al mediodía no hubiera apostado un quinto que sobreviviera”.

“Ya sé. No lo puedo creer”.

“Es la tensión,” dijo Haro. “Ya lo sé. Uno se mentaliza para que pase algo malo y cuando no pasa viene una sensación rara, uno no puede sentirse bien enseguida, es casi como una desilusión”.

Desilusión. Ésa fue la palabra que me siguió. Estaba contentísima, de veras agradecida, pero por debajo pensaba, así que Cam no la mató después de todo, con su descuido y su locura y saliéndose y descuidándola no la mató, y yo estaba (sí, lo estaba, en alguna parte de mí) triste de que así fuera. Sabía, además, que Haro lo sabía, pero no hablaría nunca de ello. Eso fue lo que de veras me impresionó, lo que me hizo seguir temblando. No si mamá vivía o moría, sino lo que quedó tan a la vista acerca de mí misma.

Mamá se puso bien, se recuperó de maravilla. Después de reponerse no volvió a recaer. Pasó tres semanas en el hospital y luego regresó a casa, donde descansó otras tres, y luego volvió al trabajo, aunque con menos horas: de diez a cuatro en vez del día entero, el llamado turno de ama de casa. Le contó a todos que Cam y sus amigos habían ido al hospital. Empezó a decir cosas como “bueno, mi muchacho no tendrá mucho éxito en otros asuntos, pero para salvar vidas tiene su chiste”. O, “tal vez Cam debería entrarle al negocio de los milagros, conmigo sin duda se echó uno”. Para entonces Cam ya decía, dice ahora, que ya no le convence esa religión, que le aburren los otros sacerdotes y aquel asunto de no comer carne ni tubérculos. Dice ahora que es una etapa,

ALICE MUNRO

que le alegra haber pasado por ella, descubrirse a sí mismo. Un día lo fui a visitar y me lo encontré probándose una corbata y un saco viejos. Dice que tal vez aproveche algunos de los cursos de educación para adultos, está pensando hacerse contador.

Yo también he estado pensando en transformarme en una persona distinta a la que soy. De veras lo pienso. Leí un libro llamado *The Art of Loving*. Muchas cosas parecían quedar claras mientras lo leía, pero después quedé más bien igual. De todos modos, como una vez preguntó Haro, ¿qué ha hecho Cam que de verdad me haya lastimado? ¿Y con qué derecho me pienso superior a él si me sentí como me sentí cuando mamá vivió en vez de morir? Me prometí que lo intentaría. Fui a visitarlos un día y les llevé un pastel –que Cam ya se come con el mismo gusto que cualquiera– y oí sus voces en el jardín –ahora que es verano, les encanta sentarse al sol– mamá diciéndole a la visita “de veras, yo ya estaba puestísima para irme al otro lado cuando Cam, este tarugo, vino a bailar fuera de mi puerta con un montón de sus amigos *hippies*...”

“Válgame Dios, mujer,” bramó Cam, pero era notorio que no le molestaba, “eran feligreses de una antigua disciplina sagrada.”

Yo tenía un sentimiento extraño, como si caminara sobre brasas intentando hacer alguna brujería para no quemarme.

El perdón en las familias me resulta un misterio, cómo llega y cómo perdura.